

LUNES, MARTES, MIÉRCOLES...

Existen momentos, buenos o malos, en los que se siente la necesidad —llamémoslo así— de coger un lápiz para emborrónar un papel:

Ha sonado el despertador. Mis ojos, al abrirse rechinando, se han topado con la débil luz de las siete de la mañana.

El silencio envuelve la casa; el viento agita los árboles bajo mi ventana y, aunque no lo percibo, llueve suavemente.

Pasan los cinco minutos que se tarda en romper con las sábanas. Luego la ducha, el desayuno... (No me gusta este párrafo; tendré que volverlo a hacer.)

En la calle, gran cantidad de pequeñas lagunas y, sobre ellas, pisadas del animal que arrastra el carro de los desperdicios. Dos mujeres vierten los barreños atestados de basura: una es baja, de cabellos grises medio cubiertos por un pañuelo color... (No sabría decirlo.) La otra es muy joven, tímida. Un sonoro *buenos días* sale de la garganta de la primera.

Hoy es lunes, martes, miércoles... La lluvia cae sobre mi paraguas y los vehículos cortan los charcos de la calle...

Al doblar la esquina veo la escena de todos los días: un coche americano, con los cristales empañados, en el que apenas se distinguen las siluetas de un hombre y una mujer...

Estoy en la parada de autobuses. Junto a ella... Un momento: se acerca uno... No, no es el mío. Los «29» se hacen esperar. Decía que junto a la parada hay un árbol en el que, mañana a mañana, he visto nacer las hojas; aún son pequeñas.

Llegaré tarde a la oficina.

Ya esperan el hombre de la cartera y la estudiante. Ella coge el «16» para asistir a sus clases.

Las ocho menos veinte.

¡Al fin! Un «29».

El señor de la cartera va medio dormido, al igual que los que viajan a esa hora: la rubia lánguida, el joven del impermeable azul...

El conductor es andaluz.

Suena el timbre. Parada.

En la parte delantera del vehículo, caen los párpados del chico de quince años. Es temprano para él; para todos. Mientras tanto, el hombre de frente inmensa y ojos de loco espera, en la puerta central, el momento de apearse.

Suena el timbre. Parada.

Abro el libro que llevo y me pongo a leer. Estoy acabándolo.

Timbre y parada.

Cierro el libro al par que dejamos atrás una iglesia muy pequeña. Un poco más adelante, nos detiene el rojo de un semáforo... En la misma esquina se anuncian hoteles junto al mar, que los ocupantes del autobús miran con legañas. Debajo del gran cartel, en un trozo de pared, se dibuja, reseco, un vómito...

Hoy es lunes, martes, miércoles... Me gustaría salir un domingo, muy temprano, para escribir esto:

DOMINGO

Al firmamento, espantosamente negro, lo agujerean infinidad de ojos. En una marcha ininterrumpida, luna y estrellas contemplan la ciudad sumida en la noche. Una ciudad que, entre sombras, vive las consecuencias del fin de semana.

En calles semioscuras, queda el testimonio del alcohol: vómitos sin orden ni concierto, que más parecen componer un cuadro habitual que haber supuesto el alivio momentáneo de un par de cientos de estómagos.

Suenan las campanas, llamando a misa a los feligreses. Como resortes mágicos, las puertas comienzan a abrirse y, de ellas, surgen las desvencijadas figuras de unas viejas.

Las calles, por unos instantes, se llenan de pasos cor-

tos y sonoros, que el que está bajo las sábanas calientes oye con mezcla de alegría y desagrado.

Las viejas forman un concierto de susurros en esa primera misa. Sus afiladas mandíbulas se agitan en oraciones; unos dedos esqueléticos pasean sobre oscuros rosarios y, mientras sus rostros casi se ocultan en negros velos, el párroco nota las ausencias.

De improviso, en la paz propia del amanecer, suena el canto del gallo. Y así nace la claridad del domingo. La de los lunes, martes, miércoles...

Me he sentado en el autobús.

Parada y timbre.

Ha cesado de llover, pero... ¡bah! Ya no tengo ganas de escribir. Continuaré otro día.

PEDRO SCHLUETER CABALLERO